

ORACION FÚNEBRE,
QUE EN LAS EXEQUIAS
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON TEODORO DE REDING,
CAPITAN GENERAL DEL EJÉRCITO
Y PRINCIPADO DE CATALUÑA,
CELEBRADAS EL DIA 26 DE ABRIL
DE 1809 EN LA IGLESIA DE PADRES FRANCISCANOS
DE LA CIUDAD DE TARRAGONA,

DIXO

EL PADRE CAPELLAN DEL SEGUNDO BATALLON
del Regimiento Suizo de Reding núm.º 3.º



GRANADA.

EN LA IMPRENTA DE DON FRANCISCO GOMEZ
ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

1770

ORACION FÚNEBRE.

Cecidit corona capitis nostri.... propterea moestum factum est cor nostrum.

Cayó la corona de nuestra cabeza.... Por esto se han cubierto de tristeza nuestros corazones.

Threnos de Jeremias cap. 5 v. 16.

¿ Con qué expresiones podré, Católicos, dar mejor principio á mi fúnebre discurso , y manifestar el grande y justo sentimiento que oprime nuestros corazones en este desgraciado día , que con las del Profeta Jeremias , quando exclamaba penetrado de dolor : Cayó , cayó la corona de nuestras cabezas ? No es mi ánimo (ni lo permita el Cielo) prorumpir en amargas quejas contra los inescrutables decretos de la divina providencia , justa siempre en sus disposiciones , ó profanar la santidad de este puesto, acusando la inflexibilidad de las fabulosas parcas , y mezclando en mi discurso las cosas profanas con las divinas. Lejos del santuario toda sombra de gentilidad y de paganismo : lejos de la Casa del Señor los delirios de la mitología pagana , y quanto pueda tener algun resavio de supersticion. Tampoco seria justo que habiendo asistido ahora mismo al sacrosanto sacrificio de la Misa que acaba de celebrarse , en que se nos representa la muerte iniquísima del Salvador del mundo á los treinta y tres

años de su edad pretendiésemos entrar en discusion é inquirir por qué dilatando el Señor muchas veces la existencia de hombres perversos, corta el hilo de la suya en medio de su carrera á ciertos varones justos, beneméritos, y dignos, á nuestro modo de pensar, de que sus días se prolongasen mas allá del término y curso regular. Pero mientras yo me contenga dentro de los límites de la moderacion y conformidad cristiana, que nos enseña y prescribe nuestra Religion Santa, séame á lo menos permitido exclamation con el Profeta, que se nos cayó la corona de nuestras cabezas, y lamentarme de una pérdida la mas sensible y dolorosa. Si, señores, acabamos de recibir un golpe el mas fatal y digno de llorarse.

Murió, murió ya para nosotros un héroe, cuya memoria durará eternamente en los agradecidos pechos de todos los buenos Españoles; murió un amante de nuestra patria; un defensor ilustre de la España; un noble extranjero, que educado casi desde su infancia en el seno de la nacion española, la amó, la respetó, la sirvió, fielmente por el espacio de cerca de quarenta años; arrojó de una porcion muy principal de nuestra península á los satélites de la iniquidad mas espantosa, á los usurpadores de nuestros derechos y propiedades, á los enemigos de nuestra Fe y Religion; y en quien por tantos títulos fundabamos actualmente todas nuestras esperanzas. Digámoslo de una vez: acabó su carrera mortal el Excelentísimo Señor Don Teodoro de Reding, cuyo solo nombre pronunciado sencillamente le hará un honor eterno, y formará su panegirico con mas energía y expresion que quanto yo puedo decirós en este rato; ved pues y juzgad vosotros mismos si tengo razon para decir que se nos cayó la corona de la cabeza, y si será tambien justo tributar á la memoria de un varon tan benemérito el obsequio de publicar sus virtudes militares, políticas y cristianas. Este será el asunto de mi breve razonamiento, en el que así por la cortedad de mis luces, como por la premura del tiempo en que me he visto precisado á formararlo, resaltará mas la verdad que los adornos y gracias de la eloqüencia, que ciertamente no necesito mendigar, ni para atribuirle virtudes que no poseyese, ni para disfrazar con artificios y falsos coloridos la verdad.

¡Gran Dios! Vos que penetrais los senos mas recónditos del corazon humano, sois quien sola y únicamente podeis juzgar con exactitud de la bondad ó malicia de nuestras acciones; nosotros, que solo vemos el exterior y la corteza, para decirlo así, habemos de dirigirnos en nuestros juicios por lo que vemos exteriormente: y juzgando de este modo, no podemos menos de reconocer y de confesar, que el Excelentísimo Señor Don Teodoro de Reding ha sido un hombre muy benemérito de nuestra patria, enemigo irreconciliable de vuestros enemigos, defensor de vuestra ley santa, y por lo mismo acreedor no solo á nuestro agradecimiento, si tambien á vuestras piedad y misericordias. Por esta razon nos prometemos que no llevareis á mal el que en el dia de sus exéquias anunciemos sus heroicas acciones para exemplo y estímulo de quantos ilustres militares concurren hoy á honrar sus funerales, y á ofrecer el testimonio de su gratitud rá la buena memoria de su inclito General. Comienzo, Señor, con vuestra licencia.

¡Qué distancia tan inmensa se advierte, Señores, entre las suertes del justo y del impio! Este apenas dexa de existir, quando un eterno oprobio y deshonor sepulta con su cadáver su memoria; pero muere el justo, el benemérito, y todos hasta la mas remota posteridad bendicen los dias de su existencia. Muere el perverso, y la humanidad, que gemia oprimida baxo el yugo insupportable de sus iniquidades, comienza á respirar alegre, viendo renacer los dias de paz y de tranquilidad que les había robado; muere el bueno, y todos, todos lloran inconsolables su pérdida. Mueren aquellos impios, que con el nombre de héroes y de conquistadores son unos verdaderos asesinos de la humanidad, aquellos monstruos, de cuya existencia se horroriza y se avergüenza al mismo tiempo la naturaleza y en el momento parece su memoria, ó existe solo para ser el objeto del odio y de la exécracion; quando por el contrario, la memoria del hombre virtuoso como verde y hermosa palma se renueva continuamente. El tiempo, que exerce un absoluto dominio sobre los edificios mas suntuosos y magnificos y sobre los monumentos mas sólidos y robustos, todo lo consume, todo lo acaba, lo destruye todo, reduciéndolo á polvo y



A ceniza, en tanto que la memoria del varón bueno y benemérito, sobre la que no tiene imperio alguno, vuela por todas las edades, y corre felizmente de generacion en generacion.

Esto puntualmente, si yo no me engaño, y nos engañamos todos, se verificará en el Excelentísimo Señor Don Teodoro de Reding, Capitan General de este ejército y Principado de Cataluña. Grande por su nacimiento y noble cuna en el canton de Schwitz en la Suiza, grande por sus ilustres abuelos y progenitores, y mucho mas por las reelevantes prendas que lo ennoblecieron, y con las que hizo los mas útiles é interesantes servicios á nuestra patria, se immortalizará en la memoria de todos los buenos Españoles; y quando la posteridad lea en nuestros anales los asombrosos y al parecer increíbles sucesos de nuestros dias, admirará tambien y bendecirá al inmortal Reding, cuyo nombre ocupará sin duda un lugar muy distinguido en las historias. Reding, dirá, fue un gran Oficial, un Capitan valiente, un esforzado y prudente Gefe, un General sabio y magnánimo; un martillo infatigable de nuestros opresores, y exemplo en fin de patriotismo y de fidelidad á los Españoles mismos. En efecto, señores, alisado Don Teodoro de Reding baxo las banderas católicas de España desde su primera juventud, ¿qué otras fueron sus ocupaciones, sus vigilias, sus diversiones, que las de instruirse mas y mas en los ramos peculiares de su profesion? Vosotros, antiguos y beneméritos militares que me escuchais y que tuvisteis el honor de conocerle y tratarle de cerca durante el discurso de su vida, decid: ¿no era siempre el primero en acudir con puntualidad á recibir las instrucciones, que se le daban, en cumplir con las fatigas de la vida militar, y en obedecer sumiso los órdenes de sus Gefes, preparándose de este modo para mandar con el tiempo las compañías, los regimientos, las divisiones, y los ejércitos? No, no habria sabido dirigir ni gobernar con acierto, si primero no se hubiese ensayado en obedecer con prontitud y resignacion. Militares jóvenes y modernos, imitad en esto á nuestro gran General, y grabad esta máxima en vuestros corazones: el que ha de mandar, es indispensable que pase primero por el sacrificio de la obediencia.

De este principio procedian en nuestro héroe aquel sufrimiento admirable en los trabajos y duras tareas de el campaña, que todos habemos admirado en él hasta los últimos periodos de su vida, aquel ayre marcial, y placentero en medio de la hambre, de la sed, de las vigiliass, y demas incomodidades de la guerra, que sufría constantemente, y de que jamas se hizo él mismo ningun mérito, diciendo muchas veces: que nada hacia que no estuviese obligado á hacer; dando con esto exemplo de paciencia y de austeridad á sus compañeros y subalternos. Aplicado y en los ratos que le dexaban libre sus ocupaciones militares y cristianas (sin olvidar jamas estas segundas), alcanzó con su constante adhesion á los libros aquellos conocimientos nada vulgares, que poseía de diferentes idiomas, de geografia, de historia, de táctica y otros, que todos admiraban en él tanto mas, quanto los habia adquirido por sí solo, y sin el auxilio ni direccion de algun maestro. Estos conocimientos juntos con su bella índole, con su carácter dulce y apacible, con su honrado y noble proceder, y con su singular intrepidez y valor fueron los escalones, por donde de grado en grado llegó á obtener el mando del regimiento, que hoy lleva su apellido, honrándose con él, y en donde constituido Gefe desplegó mas y mas sus talentos militares. Enemigo de la intriga, de la trama, y del artificio jamas supo negar al mérito lo que le tocaba, el conceder al demérito lo que no le correspondia. Aquí manifestó su fogosidad delante del enemigo; su ningun temor (no dixé bien), su serenidad de espíritu y su grandeza de alma en los combates mas reñidos y sangrientos. Testigos son de esta verdad quantos oficiales y soldados militaron baxo sus órdenes, quienes en la anterior campaña de Francia le vieron romper intrépido por medio de las huestes enemigas, desalojarlas no pocas veces de las posiciones ventajosas que ocupaban, y causarles pérdidas muy considerables: testigos los Generales, que entopces eran, pues no se ofrecia alguna accion arriesgada y de importancia, para la que no nombrasen y echasen mano del Coronel Don Teodoro de Reding, cuyo valor y consumada pericia tenían bien experimentada: testigos los puestos de Irun, de San Sebastian, de Ronces

Walles, y otros muchos, en donde acreditó siempre su magnanimidad, despreciando todos los peligros, y no cediendo jamas ni al impulso y superioridad de los enemigos, ni á los repetidos golpes y heridas, que recibió, y que él miraba como otros tantos trofeos del honor, como otras tantas piedras preciosas que le adornaban y embellecian: y testigo en fin el éxito feliz de quantas empresas se cometieron á su cuidado, no desmintiendo ni dexando frustradas las bien fundadas esperanzas que en él tuvieron siempre los mejores y mas acreditados Generales. Ocurria una alarma inesperada, Reding era el primero que con su bien disciplinado y aguerrido regimiento corria á sostenerla: se presentaba una ocasion peligrosa y de arduidad, Reding era luego nombrado para desempeñarla. Tal era el concepto, que justamente se habia adquirido; bien contrario á la verdad al que él tenia de sí mismo, y ved aquí otra de sus singulares virtudes. Yo no soy, decia, mas que un mediano granadero: el que tuviere empero zelo de su ley y de su patria (como exhortaba en otro tiempo el esforzado Matatías á los Macabeos), sígame y á su lado y con su exemplo seré mas animoso. Este era su lenguaje, y esto lo que sentia su corazon.

¿Y qué diré de sus virtudes políticas y sociales en tiempo de paz y tranquilidad? Tan político y zeloso amante del bien público en la corte y en las ciudades, como valiente y guerrero en la campaña, es nombrado por S. M. Gobernador de la Ciudad de Málaga, en donde exento de toda ambicion de honores y de riquezas fixa su domicilio para emplearse todo en beneficio de aquel noble vecindario, que eternamente bendicirá su memoria, acordándose de los venturosos dias que disfrutó en el tiempo de su gobierno. Allí mejora y hermosea los edificios, construye magníficas y saludables fuentes, fomenta la industria y el comercio con sus luces y sus consejos, adorna con magestad y belleza los paseos públicos, destierra la mendicidad, socorre con larga mano á la viuda, al huérfano, al desvalido, al menesteroso, y sin excepcion de personas administra justicia con rectitud, no siendo poderosos para doblarle el interés, el empeño, la intriga, el monopolio, ó alguna otra de aquellas pa-

siones, que adulan vilmente el corazón de una gran parte de los mortales. Málaga, tú le viste trabajar solicitó por tu bien y comodidad: tú corraste muchas veces á implorar su justicia y su protección, y jamas volviste á impetuosa de su incorrupto tribunal: tú admiraste un millón de veces la sagacidad y prudencia de sus juicios y decisiones: tú le amaste entrañablemente, no como á un Juez, si como á un padre que se desvive y se desvela incessantemente por el bien estar de sus amados hijos: tú, por último deseabas y ofrecias tus votos al cielo, para que se prolongasen los días de su acertado y pacífico gobierno, quando de repente advertiste trastornada la faz de nuestra España, y desvanecidos al mismo tiempo tus deseos. Si: en tu seno reposaba tranquilo nuestro héroe, haciendo la felicidad de tus habitantes, quando llamado á objetos mas urgentes, te miraste privada de tu amante Gobernador.

Con efecto, la empresa, la ardua empresa de arrojar y expeler de las Andalucías á mas de veinte mil Franceses que las habian invadido, llevando por todos sus pueblos y campiñas el terror y la desolacion; esta grande empresa, repito, estaba reservada al inmortal Reding. Avandona éste las comodidades de su casa, sale de Málaga no sin lágrimas de todos sus habitantes, que le aman tiernamente, y corre presuroso á sacrificarse en obsequio de nuestra amada patria, que él mira como suya propia, y la que se hará un honor eterno, adoptándole en el número de sus mas beneméritos y leales hijos. Vuela pues en busca del enemigo, y su rápida marcha habla á unos, exhorta á otros, anima á estos, alienta á aquellos, arma y adiestra en tan criticas circunstancias á quantos puede, les inspira el sagrado fuego del amor á la Patria, al Soberano, y á la Religion, y animoso con un puñado de gente, para decirlo así, se presenta delante del enemigo en las inmediaciones de Andujar y Baylén, le provoca á campal batalla, le acomete, le ataca, le arrolla, le desordena, le derrota, le vence en fin, discurrendo como bravo leon por todas partes, y le obliga á rendir con ignominia á los pies de quatro esforzados Españoles en sus armas acostumbadas hasta entónces á vencer. Vosotros, nobles militares, vosotros, Edecanes suyos, que le seguís-

teis en esta gloriosa jornada, que fuisteis participantes y compañeros en sus fatigas y en sus afanes, y que á su lado aprendisteis á vencer á un enemigo que se jactaba soberbio de llevar siempre delante de sí la victoria, vosotros podiais decir cuánto hizo, quanto trabajó, quanto padeció el espíritu de nuestro invicto General en aquellos dias de honor, y de gloria para la nacion Española. ¡ Oh día, ó dichoso día diez y nueve de Julio del año mil ochocientos ocho! Tú estarás eternamente grabado en nuestros corazones, y desde tu fecha empezará á contarse la dichosa época de la libertad de nuestra península. ¡ Válgame el cielo: qué día aquel tan alegre y feliz para nuestra España, y qué día este tan funesto para la misma! En aquel vimos veiate mil Franceses rendidos á los pies de ese mismo héroe, que hoy miramos trofeo y víctima de la muerte; pero adoremos los decretos de la Providencia, recibiendo con humildad y resignacion el fatal golpe que acaba de descargar sobre nuestras cabezas, y volvamos á tomar el hilo de nuestro discurso.

Conseguida tan prodigiosa y señalada victoria, que, si yo no me engaño, me parece puedo asegurar que decidió la suerte de la España, ¿piensa por ventura el Excmo. Sr. D. Teodoro de Reding en procurarse nuevos ascensos, nuevos honores, nuevas dignidades? Nada menos: no ofendamos la moderacion de este hombre grande: ageno como siempre de toda ambicion, y firme en el concepto que tiene de sí mismo, tributa y hace tributar gracias al Cielo por tan glorioso triunfo, reconociendo y confesando que no á él, no á su direccion y pericia, no á su magnanimidad é intrepidez, sino al poderoso patrocinio de María Santísima, Madre y Protectora de los Españoles se debia el feliz éxito de esta memorable accion: y despues de haber trazado planes para la organizacion é instruccion de nuevos exércitos y de fuerzas superiores, dexando á otros la gloria de realizarlos y ponerlos en execucion, se retira á la Ciudad de Málaga, donde es recibido con universal regocijo entre los aplausos y bien merecidas aclamaciones de aquel ilustrado pueblo que ve con entusiasmo en Don Teodoro de Reding, no ya solo á su benéfico Gobernador, sino á su conservador, y al restaurador de su libertad. Ese magnífico sable y baston con las des

mas insignias de General, que vemos colocadas sobre ese funebre aparato, pruebas son y testimonio con que aquella noble Ciudad quiso hacer patente el alto aprecio que justamente hacia de nuestro gran General. Vuelve pues á tomar las riendas de su antiguo gobierno, y apenas empieza á gustar las dulzuras de su vida tranquila, quando por una orden de la Superioridad se ve obligado á dexar otra vez su reposo para venir á este Principado en calidad de segundo General. Obedece gustoso, se consagra y sacrifica nuevamente en las aras del honor y del patriotismo, y llega casi á tocar las puertas de Barcelona, desalojando á viva fuerza al enemigo que ocupaba y tiranizaba sus inmediaciones, y obligándole á encerrarse y defenderse dentro de los muros de aquella Plaza fuerte; pero una serie no interrumpida de dificultades invencibles, una cadena toda eslabonada de estorbos insuperables se oponen á sus nobles y generosos designios de restituir su antigua y apetecida libertad á aquellos desgraciados habitantes, que gimen aún baxo el tirano yugo que los oprime, y cuyas lágrimas serán aún mucho mas amargas y copiosas, quando llegue á su noticia la desgraciada catástrofe que acabamos de experimentar.

Pero qué, ¿sucumbe acaso el alma grande de Reding, rindiéndose baxo el enorme peso de las dificultades que se le presentan? ¿Se desalienta, desmaya ó desiste por ventura de su generosa contienda? Vosotros, Catalanes y Compatriotas míos, vosotros lo sabeis tan bien como yo: nombrado por comun voto y consentimiento de todos vosotros Capitan General de este ejército y Principado, le habeis visto trabajar incesantemente en arreglar tropas, en levantar nuevas fuerzas, en minorar y debilitar cada día por medio de continuas guerrillas y escaramuzas los ejércitos enemigos mas numerosos que los nuestros: vosotros le habeis visto discurrir de día y de noche por vuestras calles y plazas, por vuestros muros y contornos, atendiendo á todos los puntos, para procuraros dentro de esta ciudad un seguro é incontrastable asilo contra el ímpetu y ferocidad de los enemigos: vosotros mismos habeis sido testigos de su infatigable actividad en reparar ruinas, en construir fortificaciones, en levantar trincheras, en formar estacadas, en guarnecer y



asegurar de un modo inexpugnable vuestro puerto, y en proporcionaros finalmente quantos auxilios han pendido de su arbitrio para vuestra defensa y seguridad: y vosotros tambien le hubierais visto, sí, no lo dudeis, si no que-rais ofender su ilustre memoria; vosotros tambien le hubierais visto ántes de mucho tiempo emprender y llevar felizmente al cabo la grande obra á que se preparaba de la libertad de todo vuestro Principado, y total exterminio del enemigo. Sí: Reding, pequeño solamente en su concepto, no lo era, no, de modo alguno en el de todos aquellos que le contemplaban sin preocupacion. Baste para prueba de esta verdad un testimonio que nadie podrá tener por sospechoso; el testimonio digo de nuestros mas implacables é enemigos, de los Franceses, quienes á pesar del furor con que siempre quieren deprimirnos y degradarnos, jamas nombraban á nuestro General sin el glorioso renombre y epíteto de el valiente, el esforzado, el magnánimo Reding: tanta es la fuerza de la virtud y de la verdad, que se hace reconocer y respetar aun de sus mismos enemigos. Reding era en Cataluña el mismo que habia sido en todas las demas partes, donde se habia hecho admirar por su valor, por su pericia y demas virtudes: su entusiasmo no se habia resfriado un punto, su amor á nuestra patria iba cada día en aumento, su corazon benéfico atendia á todas las necesidades públicas y privadas, y descendia á cosas, que pudiendo parecer menudencias en la opinion de algunos, no lo eran en su concepto y estimacion. ¡Quántas veces en medio de las graves ocupaciones que llamaban toda su atencion, inquiria solícito el estado de los pobres heridos y de los enfermos, dando las mas acertadas y eficaces disposiciones para proporcionarles todo el alivio y asistencia posible! ¡Quántas robando algunos instantes á los negocios mas urgentes, visitaba personalmente los hospitales, recorría las camas de aquellos infelices, los consolaba, los animaba, los socorria, y se enternecia su corazon compasivo! Yo mismo, que hallándome cumpliendo con las obligaciones propias de mi ministerio, le vi mas de una vez acercarse á los dolientes, preguntarles el estado de su salud, su nombre, su patria sus años de servicio para no dexar sin premio á ninguno que lo mereciese;

yo mismo, digo, fui testigo de su zelo, de su humanidad, de su caridad fervorosa, de su... pero ¡ó amargas y tristes memorias! Cayó, cayó la corona de nuestra cabeza, y se cubrieron de tristeza nuestros corazones.

El Excmo. Señor Don Teodoro de Rëding, este hombre á todas luces grande en medio de sus continuas fatigas, en medio de las grandes ideas, que ocupaban su alma en beneficio nuestro, en medio de las gloriosas empresas que meditaba, y despues de quarenta años de servicios hechos á nuestra España, cubierto de méritos y de gloria, ve con serenidad acercarse el término de su carrera, y conoce que va á pagar el comun tributo á la naturaleza á los cincuenta y quatro años de su edad: y seguro de haber cumplido con la patria, se prepara cristianamente para cumplir con Dios; y consigo mismo. El que no habia sabido jamas rendirse al enemigo, por formidable y poderoso que fuese, como poco ha lo visteis vosotros mismos, invencible siempre, aunque cubierto de golpes y de heridas, se rinde ahora á la fuerza de una calentura maligna, que le acaba por momentos: él lo ve y no se turba: él conoce que muere y está tranquilo porque tiene la dulce esperanza de haber cumplido todas sus obligaciones. Pide como verdadero católico los auxilios que la Iglesia como piadosa madre presta á sus hijos en el último trance, recibe con ternura y devocion edificante los Santos Sacramentos, tolera con paciencia y mansedumbre las incomodidades y dolores de la enfermedad, y suplica que su cuerpo sea sepultado en el cementerio ó depósito general de los cadáveres, dándonos en esto el último exemplo de su humildad. Espira en fin plácidamente entre los brazos y las preces de los ministros del Santuario, y nos dexa con su buena memoria el sentimiento universal de su dolorosa y lamentable pérdida.

¡Gran Dios! Dios de infinito poder y magestad, que arrebatando de la vista de los hombres á vuestro gran Profeta Elias, hicisteis renacer en su discípulo Eliseo el mismo fuego y espíritu que animaba á su maestro, renovad ahora que nos es tan necesario los prodigios de vuestra Omnipotencia, redoblando en todos estos nobles militares, que me escuchan, aquel fuego y entusiasmo, aquel valor y patriotismo que nuestro gran General les pro-

curó inspirar, mientras vivía, para que vean y conozcan vuestros enemigos, que si con una mano herís al hombre, inmediatamente le alargáis misericordioso la otra para sanarle. Y pues sois también el Dios de paz y de misericordia, aceptad benigno el suave olor de este sacrificio y demás sufragios que os ofrecemos por el Excelentísimo Señor Don Teodoro de Reding, para que purificado su espíritu de las fragilidades y miserias de esta vida, halle misericordia en vuestra divina presencia, y antes que se cierren las puertas de este santo templo, abrid Señor, y franquead las del celestial paraíso, para que trasladada á él el alma de nuestro ínclito General,

Requiescat in pace.



